

## GUERRA DEL 15

*Con vuelta de hoja, 8*

Giani Stuparich

# Guerra del 15

Traducción de Miquel Izquierdo

editorial  minúscula  
BARCELONA

Título original: *Guerra del 15*

© Giani Stuparich Estate

© de la traducción: 2012 Miquel Izquierdo

Revisión: Santiago Celaya

© 2012 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Av. República Argentina, 163

08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: enero de 2012

Diseño gráfico: Pepe Far

Fotografía de la cubierta: Gisella Stuparich otorga a su hijo Giani la medalla de oro al valor militar. Cuartel Oberdan, Trieste, 11 de noviembre de 1922.

© Giani Stuparich Estate

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-95587-85-5

Depósito legal: B-1.652-2012

*Printed in Spain*

## GUERRA DEL 15<sup>1</sup>

*2 de junio de 1915, tarde. Roma.* ¡En Portonaccio! Se sale de la estación de Portonaccio. El nombre se antoja de mal agüero, pero no pensamos en los nombres. Algunas lugareñas nos presagiaron ya buenos augurios, justo al salir del cuartel. Llevamos con nosotros las rosas que nos han regalado. Vamos de estreno, desde el calzado hasta la boina. Los immaculados alamares, ribeteados de rojo carmín, reirían si les diera el sol, pero el cielo está gris: ha llovido y seguirá lloviendo. Da igual; bajo la piel sudada, estamos frescos; vamos con la cabeza gacha por el esfuerzo de equilibrar la mochila (además, la hemos atiborrado de libros) bajo el agua, pero el pensamiento se eleva. Una vez llegados, un jugoso limón restaura el cálido estómago y las inflamadas venas. Mientras subimos, se precipita un aguacero sobre Portonaccio. Vagones para la tropa. Un racimo de cabezas se asoma a la gran abertura. En los

1. Advierto al lector que he pretendido mantener en mi diario de guerra, retomado pasados ya quince años, todo su carácter original: de anotaciones practicadas al momento, un día tras otro, más bien hora tras hora, por parte de un simple gregario, que reproducía subjetivamente, bajo la primera impresión, todo lo que oía o veía o sentía desde su humilde puesto, sin control, sin posibilidad de certificar la verdad histórica de determinados hechos o la justicia de determinadas apreciaciones; y que, por tanto, este diario no puede ni quiere ser un documento histórico, sino un mero documento psicológico y personal de aquellos primeros meses de guerra.

coches cercanos se canta. Llegan Gigetta y Elody bajo los paraguas lustrosos. Nuestros compañeros asisten maliciosos a los saludos y besos. Miro a Elody, que está como extraviada y confundida detrás de Gigetta. Por contra, Gigetta se siente segura en su dolor, llora y sonrío, sus ojos revelan la plegaria a Dios para que le salve al marido y la promesa al marido de mantenerse tranquila y serena. El tren se pone en marcha. Entre los cantos y el griterío ajenos se anegan los brotes de nuestros delicados pensamientos.

Gotea agua del techo y se forman charquitos entre los asientos. Un quinqué resplandece como un pequeño faro en una vasta atmósfera neblinosa. Se balancean rostros blanquecinos entre reflejos rojizos y bocas abiertas emiten sonidos aquí y allá. El tren se zarandea y las voces cantantes se dan la réplica sin tregua:

*Addio mia bella Napoli,  
mai più ti rivedrò!  
oh oh oh! oh oh oh!*

*3 de junio. Florencia, estación de Campo di Marte.* Amanece. Las colinas dispuestas en un amplio círculo verde y azul se encuentran en el seno de un cielo prístino. De los hediondos vagones saltan soldados mugrientos y abatidos. La blancura desierta del desmonte se ve mancillada por miserables hileras de quienes van y vienen del andén a la marquesina. Ahí se abre y se cierra sin cesar la puerta de un cafetín que avienta vaharadas de humeante calor, de café y licores; dentro se apretujan y gritan soldados y ferroviarios.

Partimos. El aire de la mañana refresca la piel arrugada del rostro. En nuestro coche hay dos florentinos: uno de cara maci-

lenta, con lívidas bolsas bajo los ojos y la nariz enrojecida: una suerte de sensual viciado; parlotea sin tregua, abriendo su boca fanfarrona; el otro mira con ojos bondadosos, con aire de boba tristeza: para él la guerra es un dolor inevitable. Hay un sargento reincorporado, un dependiente, que suelta discursos altamente incomprensibles alusivos a la humanidad, la barbarie, el sacrificio, el deber y muchos otros conceptos embrollados; reparte por doquier puros, chocolate, vermut, a fin de sentirse aupado por los soldados. Un romano, flaco, puro nervio: lo llaman «el morito» porque tiene los labios gruesos y es de tez oscura —por haber combatido en Libia, imaginamos nosotros erróneamente—, bebe canta grita y discute, convirtiéndose en el fuelle que aviva las risas que estallan furibundas ante sus salidas soces sobre la manera de castigar a Cecco Beppe.<sup>2</sup> De la garganta reseca, vibrando entre la voluta de los labios con forma de corneta, le sale una voz ronca. Desciende durante una parada breve y al subir suelta un suspiro aliviado: «¡Menuda gesta! En mi diario escribiré: el 3 de junio he m... ¡en Calenzano!» Luego hace razonamientos ingenuamente profundos sobre la guerra de Italia: «Ahora que nos hemos metido, hay que asumir por lema: *Alea jacta est*», y, rebatiendo una objeción confusa surgida del fondo del vagón, de la boca jactanciosamente erudita del sargento: «Qué me importa a mí la historia, ¡yo hablo del lema!» Hay un siciliano de boca dura y rostro abierto que sonrío al escuchar, y junto a él un livornés, silvestre, rojizo, de nariz respingona y expresión áspera. En un rincón brillan los dientes expuestos de un campesino mudo, de mirada fija

2. Nombre (equivalente en castellano a «Paco Pepe») con que en Italia era conocido popularmente Francisco José I (1830-1916), emperador de Austria desde 1848 hasta su muerte. (*N. del T.*)

y brillante; no escucha ni habla, bajo el fútil alboroto chabacano, absorbo en una preocupación de la que no se da cuenta, pero que hace febril su mirada e inmoviliza sus miembros, agarrotándole el alma en un vivo estupor.

*Crepúsculo. Mestre.* Desconocemos nuestro destino. Pero empezamos a comprender hacia dónde vamos. Cuanto más nos acercamos más enmudecen los campos. Flota en el aire la premonición de una vida completamente distinta de la que dejamos atrás. En la estación bajan unos pocos. Un prolongado murmullo desfila bajo la marquesina, se forman corrillos de soldados. El toscano, pálido y con los labios temblorosos, vuelve a subir: «¡Hay miles de heridos!» El campesino de los dientes expuestos permanece inmóvil, el resto se embarulla, entrechoca, desciende. En los corros se habla a media voz; unos sostienen tal número de heridos, otros tal otro; se bisbisea una palabra: muerte. Pesa por encima de todo un olor acre de sangre y de yodo. En una vía no muy alejada de la nuestra hay un tren de heridos del Monte Nero. Manchas pardas se filtran a través de las vendas que ciñen cabezas, que sostienen brazos. Algunos heridos, ya fuera de los camastros, se apiñan detrás de la tranca de las puertas: caras demacradas y temerosas, ropas rasgadas, sucias, camisas andrajosas. Alguno responde a nuestras preguntas, otros callan y miran con ojos fijos, casi ausentes. Conmiseración, mezclada con cierta tranquilidad egoísta, de los heridos por aquellos que parten: conmiseración, turbada por el espanto, de los que nada saben aún de la guerra por esos heridos abandonados, arracimados, sin palabras de consuelo.

¡Qué desolación al partir de nuevo! Todos los que antes alborotaban se muestran ahora silenciosos, quietos en su puesto, con la

mirada gacha. El sargento exalta en el vacío la terribilidad de la guerra con verbo de funcionario. De pronto, estalla una riña entre el livornés y el florentino paranoico, por una boina que se ha caído del tren. Cuando terminan, es noche cerrada. El tren, avanzando por el campo húmedo y desierto, bajo un cielo estrellado pero triste, zarandea los cuerpos fatigados como si fueran pilas de harapos. Sueño y melancolía pesan bajo la sombra densa del vagón. Los que están sentados en las puertas con las piernas colgando agachan de vez en cuando la cabeza, vencida por el cansancio, sobre el pecho, amenazando a cada nueva sacudida con precipitarse del tren.

*Noche. San Giorgio di Nogaro.* Por fin hemos llegado. ¿Adónde? Marcha apresurada por una gran avenida oscura, bajo las pesadas mochilas; no se ve a cinco pasos; ocasionalmente, la mancha violácea de un farol. Se entrevén formas extrañas y monstruosas más allá de los árboles. Llegamos ante una verja. ¿Toca regresar? No, las bisagras chirrían. Adelante: entre almacenes, sobre las vías, junto a los vagones; nos detenemos en una plataforma: altas columnas sostienen una gran techumbre. ¿Y ahora? Adelante. Los pies se pegan a la paja, se remonta por blandos tómulos: ¿sacos estibados sobre la paja? Blasfemias, murmullos: no, son hombres que duermen y a quienes vamos pisando. Susurros, casi un despertar general, silbidos de llamada, algunos desaparecen de pronto al desplomarse extenuados entre los cuerpos ya arrumbados. ¿Y pues? ¡Bah! Parece que aquí se duerme. Un escalofrío recorre la piel sudada, un pinchazo perfora los huesos cansados. El aire de la noche es gélido. Nosotros tres, Scipio, Carlo y yo, por virtud del florentino charlatán y experto en ardides, hallamos un vagón abandonado para acostarnos más cómodos y dormir.



*4 de junio. Latisana. Cervignano.* El tren corre con las cortinillas bajadas. Se acabaron los vagones adaptados para la soldadesca. En los angostos compartimentos de tercera se aglutina y palpita la masa verde gris bajo dos hileras inmóviles de mochilas, a la luz cálida del sol reciente que asoma por entre las cortinillas amarillas. Limpieza enérgica de fusiles con el aceite de los quinqués. Se siente próximo al enemigo. Entre las hendiduras practicadas en las cortinillas por manos curiosas, se ve pasar la llanura reverdecida y quieta; pero los matorrales parecen esconder alguna sorpresa, ni siquiera el aire nítido se antoja seguro. Mientras tanto, los cañones de los fusiles lucen lustrosos, el obturador se desliza sobre las guías de hierro reluciente y encaja rotundo. Cuando bajamos en Latisana, reina una paz intensa y cálida en la llanura friulana.

Por fin comemos algo caliente. Algo más allá, fuera de la estación, las cocinas de la artillería nos preparan el caldo y la carne. Sentados sobre las mochilas alineadas, con una escudilla de latón limpia, mordisqueando una hogaza, hincamos el diente de abajo arriba al pedazo de carne chorreante, sostenido entre dos dedos. Y después nos dispersamos por la aldea. Luce el sol en el pueblito friulano y en la plaza ondea una bandera tricolor. Es tierra nuestra desde hace mucho tiempo, pero los pueblos allende la frontera tienen el mismo aire.

¡Qué sueño cálido detrás de un seto! Al despertarnos, queda todavía una hora antes de la formación. El aire abrasa. Scipio ha regresado con la piel húmeda y fresca; mientras Carlo y yo dormíamos, fue a bañarse al Tagliamento. ¡El agua gélida del río! Un ejemplo seductor. Dos mocosos corretean ante nosotros para abrir camino. Queda lejos la orilla. El corazón late por miedo de no llegar a tiempo, que los demás se marchen sin nosotros. Un nubarrón

amenaza. Venga. Dos pilas de ropa arrimadas a dos matorrales. Los pies se hunden en la arena. El cuerpo se entumece en el agua helada del río. El sol se apaga. El aire palpita. Una gota. Llueve a raudales. No hay donde cobijarse. Bajo un árbol que no basta para guarecerse de la lluvia del cielo, nos ponemos con apuros la ropa interior empapada sobre el cuerpo mojado; los pies embarrados retienen las medias. Venga. Nos apresuramos bajo la lluvia, corremos, llegamos jadeantes. No se ven más que nuestras dos mochilas abandonadas, la una aquí y la otra allá, sobre el fango, embestidas por arroyuelos, sucias, empapadas. ¿Se habrán ido ya? No tenemos siquiera los arrestos para mirarnos, con esa terrible sospecha en el rostro. ¿Dónde están los otros? Hay tiempo, hay tiempo. Se han resguardado en las posadas. ¡Y nuestras pobres mochilas!

En el tren. Ahora las cortinillas ya no nos producen impresión alguna. Nos asomamos todos a las ventanillas. Cruzaremos la frontera. Sabemos que vamos por la línea que lleva a Trieste. ¡La vía férrea recorrida incontables veces, pero en condiciones tan distintas! ¡La frontera, la frontera! ¿Dónde? ¿Cuál? ¿Ese riachuelo? No, aquel de allí. ¡Pero de qué frontera hablamos! Si la tierra es verde, es la misma, idéntica, que la que hemos dejado atrás, es nuestra. Bajamos en Cervignano.

Noche. Silencio en la pequeña estación, donde antaño se propagaba el ruido de fondo de las estaciones fronterizas: la policía de fronteras austríaca recorría, farfullando, el tren detenido, entre el parloteo de los viajeros. Ahora, delante de la estación forma una patrulla de nuestra policía de fronteras en verde gris, llegada hasta aquí a efectos bien distintos. Bajamos en silencio, casi ejecutando una función sacra, y volvemos la cabeza hacia el anillo azul de montañas cercanas, desde las que nos llega, nuevo y misterioso, el retumbo de los cañones. El crepúsculo oscurece

el cielo y alumbrá tÍmidas estrellas. Fuera de la estación, la avenida se exhibe ruidosa y atestada; entre dos hileras de tropas pasan carros como montañas, oscuros: son los pontones. «Los granaderos han cruzado el Isonzo esta mañana», se oye murmurar: es la voz anónima de la guerra que habla por su cuenta. Rozamos los carros y los pechos de los policÍas de fronteras y del resto de soldados que forman. El cañón retumba ahora con rabia sofocada. En lo alto, entre las copas de los árboles oscuros, se abisma un cielo azul frío. Entre piel y carne serpentea un escalofrío repentino: «mamá»: pensamiento, sentimiento inefables, como una esencia que todo lo envuelve. Me extravío y me tiemblan las piernas. Solo un instante. Me recobro y marco el paso. Desfilamos mudos entre casas mudas, de las que cuelgan aquí y allá trapos tricolores sucios y desteñidos. De una ventana alta el chillido de una niña —«¡Viva Italia!»— se precipita de golpe desbaratando la desolación de las calles, desolación que exhalan el adoquinado y los muros y que bloquea la atmósfera como un polvillo oprimente. El grito me ha penetrado en el corazón.

Está todo oscuro. Por algunas puertas se filtran, a través de pequeñas rendijas, luces interiores: son los mandos. Entramos en el almacén de la «Compañía de navegación fluvial». Tras una vitrina está el despacho con los escritorios; y encima de ellos, papeles, pólizas, billetes, en pilas desordenadas. Nos arrojamos sobre la paja húmeda que han repartido.

*5 de junio, mañana. Cervignano.* El riachuelo calmo como un canal fluye entre verdes orillas. Guardo este recuerdo de mi infancia en Cervignano: un sauce que derrama en el agua su fronda sensible. El puente tiene un pilar roto, quizá por un cañona-

zo. Y por el puente pasan las lecheras que esperamos en el paso. Las friulanas con el rostro algo temeroso nos vierten la leche blanca y densa en la escudilla reluciente, y miran asombradas las monedas que les ponemos en las manos. La mochila está enfardada. Los renglones siguen ondeando. ¡Mochila al hombro! El toscano charlatán y otros tres se han hecho pasar por enfermos y van al hospital: cualquier demora difiere la muerte. Nosotros iniciamos con un sentimiento de orgullo que nos lleva a alzar la cara, pese a la mochila, la marcha a través de Cervignano, despojada y desierta —sus escasos habitantes caminan junto a los muros—, pero asistida por un sol hermoso que la vuelve risueña.

Por los caminos del Friuli. Papá me llevaba consigo en carroza durante sus viajes de negocios: reinaban el polvo e incontables festones de vides. El paso, con la mochila, es grave, cadencioso, el peso atenaza la garganta y debilita la nuca. Un dolor tenso sube por detrás hacia la cabeza y amartilla las sienas. El rostro quema por el sudor y arde el pecho, hasta el cuello, por la sed.

*Scodovacca.* Nos detenemos al margen del camino, a la sombra de un seto. ¡Cómo se desploma en el suelo la mochila, al voltearla sobre el hombro! ¡Qué gozo el reposo de piernas y espalda! Los labios tiemblan en la boca de la cantimplora y el agua, templada por el sol, gotea en la garganta inclinada.

Al retomar el paso sientes como una punzada de extenuación, pero pasa. En los cruces, a los lados, topamos de vez en cuando con gruesos troncos derribados: deben de ser los obstáculos, ya despejados, que interpusieron los austríacos ante nuestro avance. Por un camino lateral desemboca y gira fulminante una escuadra de infantería ciclista que empequeñece a nuestra vista con ondear de plumas. Más adelante divisamos zanjas largas y profundas en la tierra de los campos: trincheras recientes. Nuestros

hombros se resienten, las piernas se alternan inertes, al arrastre, el cuello turgente sostiene a duras penas la cabeza grávida, las venas hierven en la carne como arroyuelos de metal fundido.

*Villa Vicentina.* El corazón late por el esfuerzo de liberar la espalda de la mochila, sobre la que nos desplomamos exhaustos. ¡El agua de la fuente, fresca, bajo el verde! A mí me basta con sentir su aliento cercano, en un primer momento, mientras los otros se abalanzan ávidos y atascan el caño y extienden las manos y se empapan la cara. Luego me arrastro hasta la acequia y sumerjo las muñecas hirvientes en la corriente gélida.

Abandonar la sombra y regresar al polvo y el sol, tras pocos minutos en que el todavía no ha recuperado su latido regular, con hormiguelo en los brazos y el pecho y la espalda opresivamente atezados por una mordaza, resulta un pesar que se antoja insoponible. El cuerpo es una máquina al mando de la voluntad; solo la voluntad está viva y tensa, el cerebro una esponja petrificada, los ojos están al rojo vivo. No vamos a combatir: caminamos; no se oyen los cañones: caminamos; el campo ha perdido su fisonomía, todo se extingue en la blanca senda sobre la que caminamos.

En San Valentino alcanzaremos el mando. Adelante. Esta mañana la brigada ha penetrado más allá. ¡He aquí un granadero! Ay, ¿dónde están, dónde están? ¡Bah! En aquellas casas hay dos compañías del segundo. Abajo las mochilas. Detrás de la casa se extiende algo de sombra y la tierra ha sido removida: un huerto donde se cultivan lechugas. Con la espalda sobre la tierra blanda y fértil y con las manos en las frescas hojas verdes, tan pronto como poso la cabeza sobre el macuto me duermo: con un sueño que es como la muerte. Me parece haber dormido una eternidad, pero nos han despertado pasados solo dos minutos, porque todavía no hemos llegado.